

1.- “Jesús Llamó a los que quiso”: el misterio de cada persona, el misterio de cada sacerdote. A unos los conocemos más, a otro menos, cada uno con su personalidad; todos con su misterio personal y con el misterio de su sacerdocio bautismal y presbiteral: el misterio que nosotros vamos viviendo ya finalizó en ellos: los traigo a la memoria con agradecimiento: gracias, Jesús Buen Pastor por nuestros hermanos de presbiterio:

2. **“Dejáis una parroquia por veinte años sin sacerdote: se adorarán las bestias.”** Rotunda la frase de san Juan María Vianney. “El sacerdocio es el amor de Corazón de Jesús”. Dios quiere mostrar su amor a las personas también hoy: con la gente enrabiada por uno y otro motivo e injusticia, con la gente dolida resentida, temerosa por el coronavirus, e insegura por lo que vendrá, cuando las necesidades aparecen tan enormes. Ayer el Papa recordada como nosotros ese evangelio de la multiplicación de los panes: una necesidad enorme para los apóstoles cuando escucharon la orden “nada de despedirlos, denles ustedes de comer”. Y nos animaba a entrar en la lógica de Dios: “La lógica de no lavarse las manos, la lógica de no mirar hacia otro lado. La lógica de hacerse cargo del otro. El "que se las arreglen" no entra en el vocabulario cristiano” (...)

“La compasión no es un sentimiento puramente material; la verdadera compasión es sufrir con, tomar sobre sí los dolores de los demás. Tal vez nos haga bien hoy preguntarnos: ¿tengo compasión? Cuando leo las noticias sobre las guerras, el hambre, las pandemias, tantas cosas, ¿tengo compasión por esa gente? ¿Me compadezco de la gente que está cerca de mí? ¿Soy capaz de sufrir con ellos, o miro hacia otro lado o

digo... que se las arreglen? No olvides la palabra compasión, que es la confianza en el amor providente del Padre y significa compartir con valentía”.

Compartir con valentía: me emociona y alegra saber la generosidad de muchos de ustedes. Han encontrado el modo de compadecerse: los que por la edad no podemos andar en ciertas actividades ni siquiera ministeriales también nos preguntamos ¿qué puedo hacer? Están el teléfono, etc. pero está la oración, el prepararnos etc. Y los que pueden actuar no han dado ni un paso atrás. El miedo, en cierta medida, nos hace prudentes y da valor a nuestra entrega: en primera fila con riesgo de contagio...ahora se atiende con cita previa y por teléfono; ahora a veces le ofrecemos al Señor nuestro sacrificio de estarnos en casa porque tenemos que ser no modelos de cobardía sino modelos de obediencia amorosa. No puedes hacer ese servicio ¿puedes rezar? cuando pase la pandemia podremos recoger las iniciativas, los hechos, las historias, las anécdotas de tantos de ustedes...

Para algunos es tiempo propicio para leer y meditar. ¿La Iglesia no habla? Tenemos los documentos **“Directorio para la Catequesis”** que elaboró y nos entregó el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización el pasado 25 de junio del 2020.

El 16. Julio 2020 la Congregación para la Doctrina de la Fe nos entregaba el **“Vademécum sobre algunas cuestiones procesales ante los casos de abuso sexual de menores cometidos por clérigos”**

El 29 de junio del 2020 la Congregación para el Clero nos daba **“La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia”**

El 11 de marzo del 2020 desde el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano nos llegaba el **“Mensaje del Cardenal Peter K.A. Turkson en los tiempos de coronavirus”**

El 19 de marzo del 2020 la Penitenciaría Apostólica nos dio el **Decreto relativo a la concesión de indulgencias especiales a los fieles en la actual situación de pandemia.**

El 22 de julio la Pontificia Academia para la Vida nos dio el documento **“Humana Communitas en la era de la pandemia: consideraciones intempestivas sobre el renacimiento de la vida”**.

Saben que el santo padre no ha podido hablar en las audiencias multitudinarias, pero sí nos habla desde santa Marta, etc. Si a eso le sumamos los documentos de la iglesia chilena ¿no tenemos palabras y mensajes suficientes?

Y bueno sería que recurriéramos con más tiempo al Gran Mensaje que está en la Biblia, palabra de nos da vida.

Otros estarán tan afanados en la ayuda caritativa de las ollas, cajas etc. que apenas con padrenuestros y avemarías tendrán que sostenerse espiritualmente.

Me referiré brevemente a dos temas: a) ¿cansados ya de tantos documentos? el Documento titulado, **“Integridad en el Servicio Eclesial. Orientaciones al Pueblo de Dios para el ejercicio del servicio en la iglesia”**. Ha sido aprobado por la conferencia episcopal, es para todos los católicos de Chile, pero ustedes son responsables leerlo, estudiarlo y de bajarlo a sus comunidades. Todos tenemos que vivir como cristianos, y nosotros como cristianos presbíteros. Cada uno de nosotros ha de poner su parte; buscamos la creación de una cultura de buen trato en ambientes eclesiales, el fomento de relaciones basadas en el respeto por la dignidad de la persona en am-

bientes parroquiales, comunitarios, educativos. Un buen cristiano, un buen párroco ha de trabajar en equipo, sinodalmente, y en comunión con sus obispos.

b) He convocado a un tiempo donde pongamos esfuerzo e interés en aprender a dialogar. Porque si colocamos cinco personas y hay un diálogo entre sordos, o peor aún, una pelea mortífera no sacaremos nada con poner setecientas personas con el mismo estilo: la gresca será mayor y los daños más desastrosos. Hemos repetido y tendremos que repetir que necesitamos el diálogo especialmente de cara a estos desafíos de un plebiscito y de una posible nueva constitución, de cara a la pobreza y a la cesantía que se insinúan mayores. ¿Nos imaginamos cuanto avanzaría Chile si nosotros los seguidores Jesucristo somos testigos y agentes de un buen diálogo? No siempre se puede, y Jesús es la prueba más palpable. Pero cuando se siembra en la cosecha siempre habrá grano. Entre nosotros mismos, en nuestro presbiterio: ¿dialogamos? ¿Dialogamos bien? ¿dónde están los frutos de ese diálogo? ¿estamos más unidos o seguimos con divisiones y rencillas. “Es preciso nacer de nuevo” y por eso queremos “escuchar y acompañar para discernir”, acogiendo el consejo del Papa Francisco “Hablen con libertad y escuchen con humildad”. A dialogar se aprende dialogando; comencemos entonces a ejercitarnos para que, si ya sabemos dialogar mejore nuestro diálogo, y quienes no saben vayan aprendiendo...

(si hay tiempo, cito palabras del Papa, que debemos reflexionar:

“La unidad prevalece sobre el conflicto

226. El conflicto no puede ser ignorado o disimulado. Ha de ser asumido. Pero si quedamos atrapados en él, perdemos perspectivas, los horizontes se limitan y la realidad misma

queda fragmentada. Cuando nos detenemos en la coyuntura conflictiva, perdemos el sentido de la unidad profunda de la realidad.

227. Ante el conflicto, algunos simplemente lo miran y siguen adelante como si nada pasara, se lavan las manos para poder continuar con su vida. Otros entran de tal manera en el conflicto que quedan prisioneros, pierden horizontes, proyectan en las instituciones las propias confusiones e insatisfacciones y así la unidad se vuelve imposible. Pero hay una tercera manera, la más adecuada, de situarse ante el conflicto. Es aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso. «¡Felices los que trabajan por la paz!» (Mt 5,9).

228. De este modo, se hace posible desarrollar una comunión en las diferencias, que sólo pueden facilitar esas grandes personas que se animan a ir más allá de la superficie conflictiva y miran a los demás en su dignidad más profunda. Por eso hace falta postular un principio que es indispensable para construir la amistad social: la unidad es superior al conflicto. La solidaridad, entendida en su sentido más hondo y desafiante, se convierte así en un modo de hacer la historia, en un ámbito viviente donde los conflictos, las tensiones y los opuestos pueden alcanzar una unidad pluriforme que engendra nueva vida. No es apostar por un sincretismo ni por la absorción de uno en el otro, sino por la resolución en un plano superior que conserva en sí las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna.

229. Este criterio evangélico nos recuerda que Cristo ha unificado todo en sí: cielo y tierra, Dios y hombre, tiempo y eternidad, carne y espíritu, persona y sociedad. La señal de esta unidad y reconciliación de todo en sí es la paz. Cristo «es

nuestra paz» (Ef 2,14). El anuncio evangélico comienza siempre con el saludo de paz, y la paz corona y cohesiona en cada momento las relaciones entre los discípulos. La paz es posible porque el Señor ha vencido al mundo y a su conflictividad permanente «haciendo la paz mediante la sangre de su cruz» (Col 1,20). Pero si vamos al fondo de estos textos bíblicos, tenemos que llegar a descubrir que el primer ámbito donde estamos llamados a lograr esta pacificación en las diferencias es la propia interioridad, la propia vida siempre amenazada por la dispersión dialéctica. Con corazones rotos en miles de fragmentos será difícil construir una auténtica paz social.

230. El anuncio de paz no es el de una paz negociada, sino la convicción de que la unidad del Espíritu armoniza todas las diversidades. Supera cualquier conflicto en una nueva y prometedora síntesis. La diversidad es bella cuando acepta entrar constantemente en un proceso de reconciliación, hasta sellar una especie de pacto cultural que haga emerger una «diversidad reconciliada», como bien enseñaron los Obispos del Congo: «La diversidad de nuestras etnias es una riqueza [...] Sólo con la unidad, con la conversión de los corazones y con la reconciliación podremos hacer avanzar nuestro país». (De la Evangelii Gaudium). Gracias a todos ustedes, presbíteros y párrocos, gracias a ustedes que se reparan para ello en el seminario: pidamos al Señor la gracia de dialogar, y aprendamos cómo se lleva a cabo un buen diálogo que posibilite encarar los problemas y buscar y concordar soluciones.

Invoco al Santo Cura de Ars y le pido protección para que se cumpla entre nosotros lo que él afirmo: “Un buen pastor, un pastor según el corazón de Dios, es el más grande tesoro que el buen Dios pueda conceder a una parroquia y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina.”. Que ustedes

sean buenos pastores, pastores según el corazón de Dios, regalos para sus comunidades parroquiales. San Juan María Vianney, ruega por nosotros.

3. agosto 2030 C. A.